SERMON

DE LA

SOLEDAD DE MARÍA SANTÍSIMA

QUE PRONUNCIÓ

EN LA REAL CAPILLA DE PALACIO,

EN PRESENCIA DE SS. MM.,

EL VIERNES SANTO POR LA NOCHE, DIA 18 DE ABRIL DE 1862,

EL DOCTOR

DON JOSÉ DE RAMOS Y LOPEZ PONCE,

MISIONERO APOSTÓLICO,

Predicador de S. M., Caballero Comendador de la Real Orden Americana de Isabel la Católica, Canónigo de la insigne Iglesia Colegial del Sacro-Monte de Granada, etc., etc.

DE ORDEN Y Á ESPENSAS DE S. M.

MADRID.

IMPRENTA Y LIBRERÍA DE D. EUSEBIO AGUADO.—PONTEJOS, 8.

1862.

1220735 3X

Biblioteca Universitaria
GRANADA
Sala C
Estante 19
Número 72 (8)

A un queridísimo Amigo y distin-
guido literato el Sor. D. José Salvador
de Salvador

J. de Ramos
Lopez

A.27522

SERMON

DE LA

SOLEDAD DE MARÍA SANTÍSIMA

QUE PRONUNCIÓ

EN LA REAL CAPILLA DE PALACIO,

EN PRESENCIA DE SS. MM.,

EL VIERNES SANTO POR LA NOCHE, DIA 18 DE ABRIL DE 1862,

EL DOCTOR

DON JOSÉ DE RAMOS Y LOPEZ PONCE,

MISIONERO APOSTÓLICO,

Predicador de S. M., Caballero Comendador de la Real Orden Americana de Isabel la Católica, Canónigo de la insigne Iglesia Colegial del Sacro-Monte de Granada, etc., etc.

DE ORDEN Y Á ESPENSAS DE S. M.

MADRID.

POR AGUADO, IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M. Y DE SU REAL CASA.

1862.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA GRANADA

24 SETL 91

SEÑORA:

Al dar cumplimiento á vuestra soberana disposicion de que este Sermon viese la luz pública, faltaria á un deber de rigorosa justicia si no ofreciese á los pies del Trono de V. M. el testimonio de mi mas sincera gratitud por la inmerecida honra que en ello me ha dispensado. Permitid, Señora, que este humilde trabajo, consagrado á la gloria de la Santísima Virgen, lo dedique á V. M. como una débil ofrenda del acendrado amor y profundo respeto que le profeso.

SEÑORA,

A L. R. P. DE V. M.,

José de Ramos y Lopez.

Audierunt quia ingemisco ego, et non est qui consoletur me. (*Jerem. c.* 1, *v.* 21.)

Han oido que estoy gimiendo, y no hay quien me consuele.

(Trenos de Jeremías, cap. 1, v. 21.)

Señora: todo se ha consumado. La desobediencia de nuestros primeros padres en el Eden ha costado la sangre y los horrores del Calvario. Pero este suceso, el mas augusto, el mas grandioso, el mas radical que guarda en sus anales la historia, no tanto nos revela la enormidad del delito que el Redentor espió en sí mismo, cuanto la grandeza de los personages que consumaron el sacrificio que estaba esperando el mundo. Sí, el Verbo Divino, el que habia tomado en su mano la candente materia, y con ella habia formado los astros para arrojarlos como notas de un gran concierto en el espacio, es abandonado de todos y no encuentra asilo en el universo: el que con un soplo infundió vida al cuerpo humano, no es entendido ni aun escuchado de los hombres; el que encendió el sol y vistió de flores las praderas, estuvo desnudo; el

que derramó las aguas en la tierra, tuvo sed; el que ha dado la vida á todos los séres que bajo el cielo se mueven, tuvo hambre; el que ha forjado todos los poderes de la tierra, fué esclavo de los jueces del mundo: el que se apareció en el Sinaí cercado de gloriosas nubes teniendo por mensajero el relámpago, el trueno y el huracan; por cetro el rayo, hablando por el estruendo pavoroso de la tempestad y de los espumosos torrentes; el que es causa de toda existencia, creador de toda vida, muere en afrentoso suplicio sobre el Gólgota en medio de dos ladrones.

En esa hora suprema toda la naturaleza se conmueve, como para demostrarnos en su trastorno material la gran revolucion que esta muerte va á causar en todos los espíritus.

El sol ha ocultado su claridad brillante; desencadenados los aquilones rujen con bramido impetuoso como las aguas subterráneas; la tierra manifiesta sus senos mas ocultos; los despojos de la humanidad se animan; las pálidas sombras de los muertos se mezclan con los vivos; el velo del templo se rasga; las piedras chocan y se rompen; el horror, la consternacion y el asombro se precipitan de la cumbre del Calvario y bajan para inundar la ciudad Deicida; el Centurion clama con acento lúgubre; el cielo llora sangre; hasta los ángeles se conturban; y en medio de este trastorno tan general y sorprendente, sola una criatura aparece en el

Calvario firme como el angel de las tormentas, resistiendo cual roca incontrastable los furiosos embates de un mar embravecido.

¿Y quién es esa singular criatura?

¿Deseais saberlo? Esa criatura es María; la ciudad de Dios, la Soberana de los cielos y la tierra, la Estrella que alumbra en medio de las tinieblas, la Torre de David, el Arca de la nueva alianza, la verdadera Madre del género humano, que ha realizado en su persona todo lo que de ella se habia escrito tambien en el Testamento Antiguo. Esta es la muger bendita que clama con estas sentidas palabras del Profeta: *Audierunt quia ingemisco, et non est qui consoletur me.* =Han oido que estoy gimiendo, y no hay quien me consuele. ¡Ay cómo ha cubierto el Señor de oscuridad en su furor á la hija de Sion (1)! ¡O hombres insensatos! ¡O pecado! ¡O María! ¡O Calvario!

Señora, la soledad de María es otro de los misterios que debian realizarse en aquel monte sagrado.

¿Quién podrá describir de una manera conveniente los dolores de la Santísima Virgen en su abandono en el Calvario? Isaías, estasiado y sumido en el fondo de sus tristes meditaciones, percibe en sus sueños la existencia de una muger desamparada y privada de todo consuelo. Al cantor de las ruinas y desgracias de Jerusalén le

---

(1) Jerem., Tren., c. II, v. 1.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA GRANADA

atormenta la idea de un proceloso mar de sentimientos, de amarguras y de penas, y al querer compararlos no encuentra semejanza. El Eclesiástico se propone estudiar los abismos, contempla sus profundidades, medita en sus regiones, y su alma se pierde y desfallece. Mas no hay que cansarnos, lo que no han podido hacer los profetas no pueden hacerlo los ángeles, ni mucho menos los hombres. Si hay alguno que sea capaz de descifrarnos toda la estension del abandono que el Hijo esperimentó en la cruz, que nos descubra toda la amargura de la soledad de su Madre; porque sus dolores son recíprocos, así como lo fué su amor.

Sin embargo, á imitacion de Moisés cuando subió al monte del Señor nos despojaremos del calzado, y llenos de un amor santo, humillada la frente, y vertiendo lágrimas amargas, penetraremos en ese parage cuya tierra ha sido enrojecida con la sangre del Justo que allí fué sacrificado: busquemos en aquel lugar á nuestra Madre, y veamos si podemos comprender de algun modo el misterio de su soledad. Avanzad con vuestro espíritu, avanzad, y no os cause temor el verla tan apenada.

¡Es tan bello su dolor, que no sé cómo cautivará mas nuestra alma, si en los dias de su regocijo en Belén, ó en este, que es el de su mayor afliccion y desconsuelo!

Colocada no muy lejos de la cruz, ha quedado ya sin el alma de su Hijo, que es como si le hubieran ar-

rebatado la suya propia; y en esa actitud anhelante, pero magestuosa y serena, parece que espera el momento en que la muerte, cortando el hilo de su vida, la recompense de todas sus amarguras, logrando ser enterrada en el mismo sepulcro de su Hijo. ¡Pobre Madre, hasta dónde la lleva su amor! Entre tanto repasa en su memoria toda la belleza y las sublimes cualidades del Hijo que ha perdido, su bondad, su caridad, su mansedumbre, los inmensos beneficios que por todas partes derramaba; y estos tristes á la par que gloriosos recuerdos, eran nuevas espadas que atravesaban su pecho. Miraba por último en torno suyo, por ver si encontraba quien la consolara, y sus amigos y enemigos todos habian abandonado aquel teatro de horror; y ni el cielo, ni la tierra, ni los ángeles, ni los hombres vienen á hacerle compañía, pues hasta la muerte huye de aquel lugar donde su segur habia causado tantas víctimas.

Ya veo, Señora, que en María no hay una soledad sencilla y ordinaria; hoy es la Madre que ha perdido á su Hijo y llora su desgracia; hay allí tres soledades que lastiman y destrozan su amoroso corazon. Está la soledad en que la deja la muerte, porque María habia pensado que moriria con su Hijo. Está la soledad en que se deja ella misma, porque renueva sus pesares con su imaginacion y su inteligencia. Está la soledad en que la deja el hombre, porque el hombre no sabe acompañar dignamente su dolor.

Ved aquí los tres pensamientos que van á formar el asunto de mi discurso esta noche, y el objeto de vuestra piadosa atencion.

¡O Madre mia! ¡quién podrá hablar dignamente del mayor de vuestros dolores, de aquel que reunió en sí todos los sufrimientos de vuestra vida! Lágrimas y no palabras es lo que yo necesito para espresar vuestras penas; pero sin la suprema virtud que habita en vuestro casto seno, ni podria hablar, ni menos podria sentir.

Yo te invoco con toda mi alma, y mientras haceis descender sobre nosotros el espíritu de inteligencia y de amor, os saludamos aunque afligida, siempre llena de gracia. Ave María.

SEÑORA:

Así como los profetas del Señor se ocuparon en retratarnos singular y detalladamente toda la vida de Jesus, hasta el momento en que salió victorioso de las oscuridades del sepulcro; del mismo modo nos dejaron consignada la vida de su Madre, ora presentándola como una luz dulce, misteriosa, casta, que debia preceder á la del sol de justicia, donde se hallaban reunidas todas las gracias y encantos; ora como un mar agitado por fuertes huracanes, ó como una hermosa flor agostada por el viento impetuoso de la adversidad.

Esta incomparable criatura, que se marcaba ya en las predicciones de los Patriarcas, se describe, se perfila con mayor nitidez en tiempo de David, el cual anuncia que ella habia de hacer circular en las venas del Mesías la sangre de los Santos Patriarcas Abraham y Jacob. Salomon se complace en trazar su imagen con tal suavidad de pincel, que deja muy atrás las graciosas descripciones de las deidades de Oriente. Él la ve elevarse en medio de las hijas de Judá como el lirio entre las espinas (2); sus ojos son dulces y azulados como los de la paloma (3); sus lábios semejantes á una cinta de escarlata (4), son un panal que destila miel (5); su andar es ligero como el humo de los perfumes (6), y su belleza rivaliza en brillantez con la luna que asoma en el horizonte (7); sus gustos son sencillos y llenos de poesía; se complace en divagar por los sombríos valles cuando las viñas florecen; silenciosa y recogida se oculta de la vista de todos, y se encierra en su morada como la paloma que hace su nido en el hueco de las peñas.

Despues cambia la escena, como en uno de esos cuadros de Rafael, en que el objeto que empieza en la tierra se continúa mas allá de las nubes; y el profeta-Rey

---

(2) Cant. c. II, v. 2.
(3) Cant. c. I, v. 14.
(4) Cant. c. IV, v. 3.
(5) Cant. c. IV, v. 11.
(6) Cant. c. III, v. 6.
(7) Cant. c. VI, v. 9.

nos describe con la exactitud de un evangelista la historia de la Pasion, de la muerte y resurreccion del Hijo amado de esta Virgen; nos dice que serian taladrados los pies y las manos (8) del Salvador, y que sus vestiduras serian repartidas entre sus verdugos (9); predice que tendria sed (10), que se podrian contar todos los huesos de su cuerpo (11), y la particularidad de que todos los que viesen de lejos la cruz lo insultarian, y moverian la cabeza con el desprecio en los lábios (12). Y como en este sacrificio ha de tener parte aquella que el Cristo habia escogido para Madre y esposa, el Profeta de Anatot es el encargado de vaticinar los sufrimientos á esta princesa, que está representada en la rica y hermosa Jerusalén. Y templando su arpa divina entona esta fúnebre lamentacion. ¿Cómo está solitaria la ciudad mas populosa? La Señora de las naciones ha quedado viuda, y la primera de las provincias ha sido hecha tributaria: llora hilo á hilo, y no hay quien enjugue sus lágrimas en toda la noche, porque todos sus amigos la despreciaron, y no hay quien la consuele entre todos sus amados (13). Cayó mi alma en un lago, y pusieron sobre mí una losa; me inundaron las aguas, y dije: Perecí (14).

---

(8) Psalm. XXI, v. 17.
(9) Psalm. XXI, v. 19.
(10) Psalm. LXVIII, v. 22.
(11) Psalm. XXI, v. 18.
(12) Psalm. XXI, v. 8.
(13) Jerem., Tren., c. I, v. 1 y 2.
(14) Jerem., Tren., c. III, v. 53 y 54.

¡Ay! ¿á quién te compararé, á quién te asemejaré, hija de Jerusalén? Porque grande es como el mar tu quebranto (15).

Ahora bien, Señora, estos vaticinios no son otra cosa que la historia de los sucesos del Calvario, sobre los cuales lloraron los Profetas muchos siglos antes.

Sin embargo, se nota aquí una circunstancia en que debe fijarse nuestra atencion, y es que cuando, inspirados, nos hablan de la tragedia del Gólgota, y nos describen el lugar y los acontecimientos que allí se verificaron, solo nos hablan de una víctima á quien inmola la Justicia Divina por amor á los hombres; pero esa víctima, que es Jesus, tiene una Madre, y una Madre que ama á su Hijo con un amor que escede á toda la naturaleza: ¿cómo puede ser testigo de los padecimientos y muerte de aquel, sin sucumbir ella tambien á la fuerza del dolor? Porque el sacrificio de María viviendo, debia casi igualarse al de su Hijo muriendo; porque así estaba decretado en el cielo, á fin de que con el ejemplo de su Soledad nos diese el testimonio mas auténtico de su firmeza, de su resignacion y constancia. Por eso no nos hablan de la muerte de María, y solo se ocupan en espresar sus angustias y sus quebrantos.

El amor á Jesucristo causa tal arrobamiento en las

---

(15) Jerem., Tren., c II, v. 13.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA GRANADA

almas que tienen la dicha de poseerle, que la vida les parece una dura prision, cuyas cadenas desean romper á cada momento. Esta es la razon por que las almas verdaderamente cristianas no tiemblan ni se estremecen, como las almas irreligiosas y profanas, á la idea de que un poco de tierra va á cubrir bien pronto su cadáver. ¡Con qué jovialidad hablan de la muerte; con qué indiferencia la esperan; con qué valor la desean y aun la llaman; con qué alegría la reciben! Este deseo hizo prorumpir á San Pablo en estas elocuentes palabras: Deseo morir, para estar con Jesucristo ([16]). Este deseo fue el que inspiró á los mártires aquella sed de nuevos y mas horribles padecimientos.

¿Y quién como María amó mas á Jesus, y disfrutó de esa sublime comunicacion, que hizo del alma de la Virgen un templo purísimo de gracia y de santidad? Nadie.

No es estraño, pues, que esta Madre anhele morir con su Hijo, habiendo compartido con él el caliz de su pasion; y que la ausencia de la muerte sea para ella el motivo de su mas triste soledad.

Le ama tanto, que no cree haber satisfecho cumplidamente á los deberes de Madre, si no pasa con él por los horrores de la tumba. Ya no os admirareis al oirme decir que la afliccion de María no tiene ejemplo, y produce en ella efectos que no pueden verse en ninguna otra

---

([16]) Epist. ad Philip. c. I, v. 23.

criatura. No, nada hay aquí que pueda causarnos admiracion si se considera la comunicacion que existe entre Jesucristo y su Madre. El Padre y el Hijo participan en la eternidad de una misma gloria; la Madre y el Hijo participan en la tierra de los mismos sufrimientos: el Padre y el Hijo son una misma fuente de placeres; la Madre y el Hijo son un mismo torrente de amargura: el Padre y el Hijo tienen un mismo trono, la Madre y el Hijo una misma cruz. Si atraviesan la cabeza del Salvador con espinas, á María le desgarran todas sus puntas; si le dan hiel y vinagre, María bebe toda la amargura de aquel líquido; si clavan su cuerpo en una cruz, María sufre toda la violencia de los golpes; si al fin entrega su espíritu en manos de su Eterno Padre, María queda sola para padecer mas, para aumentar su martirio, y para derramar sobre nosotros, junto con la sangre de su Hijo, todo el torrente de su amor.

San Anselmo asegura que María, antes de espirar Jesus, habia prorumpido en estas tiernas y sentidísimas palabras: ¡O Hijo mio dulcísimo! ¡O único amor mio! Concédeme el que contigo muera, y no me dejes abandonada. Nada habrá para mí mas dulce que morir junto á ti abrazando este madero, y nada mas amargo que vivir ya sola. Tú eres mi Padre, tú eres mi Hijo, tú eres mi Esposo, tú eres mi tesoro, tú eres todo mi bien; y perdiéndote me quedo huérfana, me quedo viuda, quédome sin prole, y pierdo todas las cosas.

Señora: á tantos privilegios como se le habian concedido á María, ¡qué cadenas de sufrimientos y contradicciones! Mas estos privilegios tienen por objeto dar á esta criatura lo que se conoce como mas noble, mas cariñoso, mas grande, y esto es el ser Madre; y basta pronunciar este nombre para que se esprese todo lo que hay de mas sublime en el dolor y el sacrificio. Una Madre divide con su hijo su sér, y le da parte de su sangre; por consiguiente comparte con él los sufrimientos y la muerte: arrebatadle ese pedazo de sus entrañas, y la vereis desfallecer, y muchas veces sucumbir á la violencia de este dolor. ¿Y cómo María, amando mas que todas y padeciendo de una manera que solo pudo comprender la inteligencia divina, sobrevive á Jesus? Para que su Soledad patentice á todas las generaciones, que el amor es mas fuerte que la muerte.

Señora: El que no cabe en las inmensas esferas, y lo llena todo de luz y resplandor, y tiene su trono sobre el sol, sobre los abismos de los cielos, amortajado, perfumado de aromas, y cubierto el rostro con un sudario fúnebre, es colocado en el sepulcro; y su Madre se retira á aquella ciudad sobre la cual habia caido el anatema de reprobacion, traspasada su alma con la mas aguda pena. ¡Ay de mí! que sola la memoria de la Soledad en que quedais me llena el espíritu de tristes imágenes, y deja caer sobre mi corazon una oscurísima noche.

Veis esas flores que al lucir el sol abren su corola bañada de perlas, y ostentan los ricos matices con que la naturaleza las ha engalanado, pero que azotadas por el huracán inclinan su caliz sobre el tronco y pierden toda su belleza: no de otro modo María, herida por el mismo golpe que ha dado muerte á Jesus, inclina su cabeza, y apoyada sola sobre el fundamento de su invencible amor y de su inalterable constancia, se abandona á sí misma, para no pensar mas que en aquello que causa su afliccion. En vano el Discípulo fiel, que habia recogido los últimos suspiros de su Maestro, intenta consolarla; en vano aquellos santos varones que lo bajaron de la Cruz le ofrecen sus servicios, y la prodigan los mas respetuosos obsequios; en vano aquellas piadosas mujeres la estrechan contra su corazon, y la piden que mitigue su pesar; en vano la naturaleza cambia de aspecto en aquella region desolada, porque María desecha, rehusa, como Raquel en la muerte de sus hijos, todo género de consuelo. Ha perdido á Jesus, y ya que no ha podido ser enterrada con él, ni ser ella su sepulcro, á lo menos ha enterrado con él su alma, su corazon y sus amores. *In tumulo amores suos sepelivit.* Ahora, con mas razon que en otro tiempo, puede conjurar á las doncellas de Jerusalén para que busquen á su amado ([17]) y la fortalezcan con el aroma de las flores

([17]) Cant. c. V, v. 8.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA GRANADA

porque desfallece de amor (18). ¿Pero acaso la Reina del cielo ha perdido aquella conformidad y obediencia con que se unió al misterio de nuestra redencion, desde que el Angel la llamó bendita, y bendito el fruto de su vientre? ¿No fue ella la que lo presentó en el templo para que fuera circuncidado? ¿No fué ella la que le ayudó, con su ejemplo mas que con sus manos, á subir por las pendientes del Gólgota, cargado con el madero de la Cruz? ¿No fué ella la que recogió sus palabras para arrojarlas al mundo como palabras de salvacion? ¿No fué ella la que ofreció al cielo aquella víctima para que con su sangre se borrasen todas las iniquidades de la tierra, y se rompiesen las cadenas que habian cerrado las puertas eternas? ¿No ha repetido hoy estas palabras que otro dia regocijaron al Universo: Señor, yo soy tu esclava, hágase en mí segun tu santa palabra?

En este caso ¿cómo se abandona á sí misma, y rehusa no solo los consuelos esteriores sino hasta los que ella pudiera ofrecerse, poniendo en calma los sentimientos de su corazon? No, María no falta á esa santa conformidad con que se ofreció al Señor desde el primer instante de su vida; pero ella no quiere que cesen sus Dolores, porque esos Dolores la hacen semejante á su Hijo; no pone límites á su afliccion, porque no puede dominar su amor; no quiere ser consolada, porque su

---

(18) Cant. c. II, v. 5.

Hijo no ha encontrado quien le consuele; no pide al Eterno Padre que modere su tristeza, ni demanda ningun auxilio al cielo, cuando el cielo la trata con tanto rigor dejándola abandonada, porque su Hijo ha sido abandonado tambien. No, María no quiere ser tratada mejor que su Hijo, sino padecer tanto, que pueda decir como él, que todas las olas de la ira celeste han pasado sobre ella: no quiere perder una sola gota de esas olas; y sentiria no padecer todos los males que ha esperimentado el Redentor. Ved aquí lo que nos esplica de algun modo el misterio de la segunda y amarguísima Soledad.

Y como si no fuese bastante esa sed de padecimientos que la devora, y que la hace la muger martir por escelencia, la muger mas sola y aflijida de todas, repasa en su imaginacion todo lo que los hombres han hecho padecer á su Hijo, y todo lo que ha hecho el Hijo en beneficio de los hombres, y este estraño contraste, en donde resalta la mas negra ingratitud al par de la caridad mas sublime, afecta y martiriza las potencias de su alma. Su memoria recorre todos los parajes que Jesus habia santificado con su presencia: y ora la lleva al castillo de Betania, donde le ve llorar sobre el sepulcro de Lázaro su amigo; ora al huerto de los Olivos, donde le ve sudar sangre por todas las partes de su cuerpo y bañar la tierra con este divino licor; despues ve las insultantes burlas, las crueles bofetadas, las sa-

livas, y el velo sobre los ojos con que pretenden humillarle en casa de Caifás; un poco mas, y le ve azotado inhumanamente en el Pretorio de Pilatos; sigue hasta el Calvario, y allí no ve mas que verdugos, una víctima con los brazos abiertos, y la fiera muerte con las garras levantadas, amenazando descargar el golpe.

Señora: Cuando Eva seducida por Satanás, alargó cobardemente la mano al fruto prohibido, se pasmaron los cielos, los Angeles se cubrieron el rostro, y la serpiente huyó de aquel lugar dando espantosos silbidos. Para contraponerse á este delito, María tiende con valor sus brazos háeia el arbol de la Cruz, lo estrecha contra su pecho, y atrayendo sobre sí todos los dolores que destila aquel madero, repite estas palabras del Salvador: Bienaventurados los que lloran (19). A la presencia de este acto de abnegacion, los cielos se renuevan, conmuévense todos los justos que dormian en sus sepulcros, y se llenan de espanto las potestades del infierno. Se ha cumplido el oráculo de Jesus; el que quiera seguir en pos de mí, niéguese á sí mismo (20). Al realizar María en su persona la separacion de todos los consuelos humanos, ha creado esa casta generacion de mártires que repetian en medio de los cadalsos: Feliz el que odia su vida.

Señora: Yo registro las Sagradas Escrituras, y veo

---

(19) Matth. c. V, v. 5.
(20) Matth. c. XVI, v. 24.

que Dios ha proporcionado siempre consuelos á las almas afligidas. A Elías, perseguido de Acab, le alimentó una pobre viuda. A David, perseguido de su rey, le recibe un rey estraño. A Jefté, despedido por sus hermanos, le tienden los brazos unos estranjeros. A Jeremías, maltratado por sus conciudadanos, le consuela un piadoso Etíope. Agar, Sara, Sunamitis, Noemí, esas mugeres tan angustiadas como valerosas, encuentran siempre en sus dolores una voz amiga que disminuye sus penas. Solo María se ve privada de todo género de consuelo.

¿Y vuestros hijos, Madre mia, y los hombres donde están? Los hombres os han dejado tambien. Sí, esos hombres por quienes se ha vertido la sangre del Justo; esos hombres por quienes ha revelado Dios todos los arcanos de su sabiduría y poder; esos hombres nacidos para una filiacion sobrenatural en el corazon amoroso y angustiado de María, esos hombres contribuirán tambien al misterio de su Soledad con sus errores y pecados. Ahora sí que podeis con razon decir con Jeremías: *Audierunt quia ingemisco ego, et non est qui consoletur me*. Han oido que estoy gimiendo y no hay quien me consuele. ¿Habeis sentido alguna vez esa corriente de lava que penetrando por las entrañas del globo, hace poderosos esfuerzos para buscar la salida, y no encontrando por donde estallar su incendio, se inflama, y en su esplosion estremece la tierra, sacude los montes, y estiende á larga distancia su horrísono estruendo? Pues

no menores estragos produjo en el corazon de María la ingratitud y el abandono de los hombres.

Si dirije su vista á Jerusalén, ve á los Escribas y Fariseos, á los Pontífices y Sacerdotes, y á todo el pueblo de Israel, cerrando sus ojos á la luz que ha venido á alumbrar al universo; y ni la palabra del Verbo encarnado, ni los prodigios de su Omnipotencia, ni el milagro de su vida santísima, pueden disipar las preocupaciones de su indomable orgullo. Si se dirije á la sociedad católica, pocos habrá tambien que se interesen en su abandono y procuren remediarlo, porque de sus escuelas saldrán hijos ingratos que insulten de nuevo á Jesus, declaren la guerra á la Iglesia, y derramen en el seno de las generaciones cristianas, el aliento emponzoñado de sus blasfemias é impiedades.

En efecto, hubo un dia en que algunos hombres dominados por los instintos corrompidos de su naturaleza, y atreviéndose á rechazar la autoridad de las Escrituras y de la Tradicion, negaron con descaro la Divinidad del Verbo, y estos se llamaron Arrianos. Poco despues un hombre á quien los vicios habian secado el corazon, y que pretendia oscurecer las glorias de su Madre, negó que María fuese Madre de Dios; y este hombre se llamaba Nestorio. La razon orgullosa y las inclinaciones carnales están en guerra con los dogmas del pecado original y de la gracia; y para que el hombre encontrase campo ancho á sus vicios se combatieron

estos dogmas, y el que llevaba la bandera de la rebelion se denominaba Pelagio. Mas tarde, el amor á la tiranía y á los deleites, y la sed de dominacion y de conquista, debian levantar una secta que hiciese crecida guerra al cristianismo, y para acaudillar esa poderosa falange, el infierno vomitó á Mahoma. Esperad un poco, y vereis levantarse la hipocresía y la perfidia, tapándose con el velo de la austeridad de la reforma eclesiástica y de la pobreza evangélica, y al oir el estruendo de las guerras religiosas de la edad media, no pregunteis mas: allí están los Albigenses. Por último, una sociedad armada con el orgullo de la razon dice á las naciones cristianas: la Iglesia os engaña para esclavizaros; el Pontificado y el Sacerdocio os degradan para dominaros; despertad de vuestro sueño, y que la regla de vuestra fe sea vuestro propio juicio, y que los dogmas y la moral dependan de vuestro sentido privado: y los que con esta doctrina quisieron destruir la Iglesia, se llamaron protestantes.

Señora: estos gefes de secta eran todos hijos de María, y escepto Mahoma tambien eran cristianos; y ya veis por los funestos efectos de sus impías doctrinas, cómo se han asociado á consumar el misterio de la Soledad de esta Madre. Si á las desgracias producidas por estas sectas se une el repugnante cuadro de nuestras miserias y desórdenes en el orden de las costumbres, la ingratitud resalta entonces con caracteres inequívocos,

y los gemidos de María no son un triste lamento; se convierten en una voz elocuente, en una voz que persigue al hombre amorosamente, y que despreciada le acusa y le condena.

Y ni basta á consolar á esta Virgen ese ardor aparente con que muchos hombres irán á los templos á ofrecerle un culto tierno y rendido. Semejantes estos cristianos á aquellos falsos amigos que insultaban la pobreza del paciente Job, de ellos dirá María: Estos me honran mucho con sus labios, pero su corazon está muy lejos de mí (21). Ella ve que se prosternarán al pie de sus altares muchos que, blasonando de católicos, serán enemigos declarados de la autoridad y del orden, y creerán hacer un obsequio á Dios alterando las bases del derecho Divino con que mandan las potestades de la tierra. Separaos, les dirá María, vosotros sois para mí unos amigos molestos. *Consolatores onerosi omnes vos estis*. Vendrán á ofrecerle el incienso de sus oraciones hombres sensuales que consumiendo su vida en los placeres de la materia, y no teniendo otra religion que el paganismo de las sensaciones, creerán haber ganado el cielo dirigiéndole una súplica fria, helada, como todas las espansiones de su alma. Retiraos, vosotros sois para mí unos consoladores molestos. *Consolatores*, etc.: vendrán hombres ambiciosos, que soñando solo en

---

(21) Matth. c. XV, v. 8.

amontonar riquezas, y cerrando al pobre la puerta de su casa así como le tienen cerrada la de su corazon, se reputarán como buenos cristianos porque tributan á María algunas alabanzas: Dejadme, vosotros sois para mí unos amigos enfadosos: *Consolatores onerosi* (22). Se presentarán hombres soberbios, que pretendiendo dirigir el espíritu religioso por las reglas de la prudencia humana, defenderán que son inútiles las prácticas esteriores, y que solo basta el corazon: alejaos, vosotros sois para mí unos consoladores molestos. *Consolatores*, etc. ¡O Madre mia! clamad, clamad con el Santo Profeta: *Audierunt quia ingemisco ego, et non est qui consoletur me.*

Señora: á tanta crueldad por parte de los hombres, corresponde María con el amor mas intenso. Ella consiente en estar sola y desamparada, para que nosotros no seamos abandonados por Dios. A medida que ve crecer los vicios en el seno de la humanidad, y propagarse el error como un cancer incurable, se aumenta su deseo de padecer, y todos los delitos del mundo no son suficientes para agotar su constancia. Amó Dios tanto á los hombres que dió á su propio Hijo (23), y apenas fue visto en la tierra cuando todos clamaron á una voz: Perezca el Justo, y padezca su bendita Madre. Y el Justo se entregó á la muerte, y se derramó so-

(22) Job. c. XVI, v. 2.
(23) Joann. c. III, v. 16.

bre su Madre el caliz de todas las penas. Acercaos, hombres ingratos, no vacileis; es el único faro que nos queda en el oscuro desierto que conduce hasta el Calvario; es la única tabla en el borrascoso mar de la vida.

No nos retiremos de este recinto sin haber prestado á María algun consuelo en su amarga Soledad. Unámonos al Discípulo amado y á las piadosas mugeres que van en su seguimiento: en ellas están representadas la paciencia, la castidad, la penitencia, la humildad, la mansedumbre y la caridad. ¡O santas virtudes! venid á nosotros, adornad nuestra alma con vuestro celestial resplandor, y hacednos dignos de acompañar á vuestra Madre y de mitigar sus acerbos dolores.

Sí, Señora, seamos nosotros de ese número; nosotros que nacimos amándola, que vivimos amándola, y que moriremos amándola. ¿Y qué español habrá que no se encuentre dispuesto á derramar su sangre por defender las glorias de María, y cuya alma no se conmueva profundamente cuando se habla de sus penas? Quédese para otras naciones esa indiferencia glacial que regula como un compás los sentimientos y los afectos, que nosotros, como españoles, somos todo corazon, y el incendio de nuestro amor hácia ella no cabe ni en el cielo ni en la tierra.

V. M. es la primera en darnos tan religioso ejemplo, y nosotros nos gloriamos en seguir el camino que

nos habeis trazado desde vuestro escelso Sólio. Es tan bello amar á María, y tan dulce el padecer con ella, que nunca, Señora, os habreis conceptuado mas feliz que cuando, prosternada ante esa veneranda Imagen, hayais llorado con ella, diciéndola: ¡Madre y esperanza mia! Entonces habreis sentido que ha refrigerado y renovado vuestra sangre, como si fuese el aliento de vuestra vida.

¿Y quién de los verdaderos cristianos no habrá esperimentado tambien estos mismos sentimientos? Al abrir los ojos á la luz, todos la hemos visto, traspasada con la espada del dolor, sobre la cabecera de nuestra cuna, y nos ha parecido mas bella que la sonrisa de nuestras madres. Hemos crecido, y la hemos visto seguir todos los pasos de nuestra penosa carrera, acompañándonos en la infancia, en la pubertad y en la adolescencia: por todas partes vemos flotar su imagen, asi en el campo de batalla como en medio de los mares, presidiendo la tempestad y los naufragios. Ella inspira al poeta, ilustra al filósofo, da vuelos al alma del artista, y es para todos los cristianos como arbol misterioso de salud, que con sus flores perfuma las virtudes y con sus frutos nos alimenta.

A vos, Madre desamparada, Virgen pura de Nazaret, que recibes los sollozos de las madres, los tiernos lloros de los niños, y las lamentaciones de los pobres y desgraciados, se dirijen hoy nuestras súplicas. A tu

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA GRANADA

vista, con tu solo nombre desaparecen el horror y los temores, y se alimenta el corazon con la esperanza, porque has sido constituida nuestra Madre, y todo el que te invoca recibe consuelos celestiales. Al ver tus aflicciones y lágrimas somos llevados hácia ti como al placer de los perfumes; porque padecer contigo por la muerte de Jesus es incomparable gozo, y llorar contigo por el pecado es verdadera alegría. Nuestra invocacion es el clamor del arrepentimiento, que como columna de incienso se eleva hasta tu tabernáculo para que tú la presentes ante el trono del Cordero inmaculado, pues eres la abogada de los pecadores. Ya no quieren pecar mas los que te aman, porque tus dolores han penetrado hasta el fondo de su alma.

Como Madre sensible no podrás desechar las lágrimas que hoy derraman á tus pies, ni mis fervorosas peticiones: oid, Madre querida, los votos públicos y privados que os dirigimos incesantemente por la salud y prosperidad de nuestra augusta Soberana, de su amado Esposo y de toda la Real Familia: fomentad en el corazon de esta joven Reina los sentimientos religiosos, humanitarios y magnánimos que tanto le distinguen, á fin de que haga reinar siempre en sus estados á Jesucristo, con lo cual reinará la paz, la justicia, el saber, la obediencia, el verdadero progreso y la felicidad, y la gloria del nombre español brillará sobre todas las naciones del mundo. Ya sabeis, Virgen pura, cuánto nos inte-

resa su vida; que muramos todos antes que falte nuestra Reina del lugar en que la ha colocado la Providencia. Protejed á este pueblo de Madrid, que tanto se esmera en vuestros cultos; cubridnos á todos bajo el manto de vuestra Soledad, como hijos vuestros, á fin de que escudados de todos los males y pecados de la vida, en la hora de nuestra muerte logremos entrar con vos en las moradas de Sion, donde por infinitos siglos os alabemos. Amen.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA GRANADA